

ESCRITOS DE ELOY TERRÓN

EDUCACIÓN RELIGIOSA Y ALIENACIÓN

TORIBIO PÉREZ DE ARGANZA

PRÓLOGO

de

Rafael Jerez Mir

BIBLIOTECA VIRTUAL ELOY TERRÓN, MADRID, MAYO, 2022

El 19 de septiembre de 1980 Eloy Terrón concluía en los Corrales de Buelna (Santander) el manuscrito *Formación católica y personalidad* que se publicaría tres años después con el título *Educación religiosa y alienación* y el pseudónimo de Toribio Pérez de Arganza.

Como escribiría él mismo al recensionarlo¹,

«este libro encierra una investigación bastante desordenada y confusa de un tema de enorme interés en el pasado y todavía hoy muy importante. A saber: la utilización de los sentimientos religiosos de las masas por las jerarquías religiosas en general —y, en especial, por las de la Iglesia católica- con fines de dominación política. [...]. Dentro de su brevedad, el librito contiene una gran riqueza de ideas, en algunos casos tan sólo apuntadas.»

Contribuir en lo posible a reducir ese desorden y esa confusión para intentar facilitar su lectura es el propósito de este prólogo.

* * *

El libro comienza con una *Justificación teórica* que pone el principal acento en su temática de partida y en la motivación estrictamente científica de su autor.

«Este breve e improvisado análisis de la estrategia y la táctica de las Iglesias para lograr el control total de las conciencias (...) está guiado por un propósito único: entender el mundo que nos rodea. Aunque no lo parezca, este pequeño estudio ha estado presidido por una motivación estrictamente científica: descubrir las relaciones de mutuo condicionamiento entre los hechos. (...). Al comienzo sólo pretendía hacer un breve artículo para analizar la posible relación confesional [la proporcionada por las órdenes religiosas] y el terrorismo, bajo la doble incitación del terrorismo ultraizquierdista [ETA - Brigadas Rojas] y el terrorismo indiscriminado de la ultraderecha. El fondo del intento era encontrar alguna relación entre un tipo de formación afectivo-intelectual y moral tal como el impartido por las órdenes religiosas y el talante *inhumano* del ambos tipos de terrorismo».

* * *

De hecho, los materiales de la primera parte del libro, estructurados en cinco secciones —«La educación, difusa o especializada, y la formación de la personalidad agresiva», «La educación religiosa y los hijos de la pequeña burguesía», «Recelo de los colegios religiosos contra las relaciones afectivas de los alumnos», «Las técnicas de “noviciado”, aplicadas a los muchachos de segunda enseñanza» y «Consecuencias de las tendencias aisladoras en los hijos de la pequeña burguesía»- parecen ser el resultado de ese estudio de partida.

De acuerdo con ese resultado, la personalidad agresiva no pudo formarse en centros estatales dada la pluralidad ideológica de su profesorado, su atención preferente a la formación teórica y técnica, sus instalaciones poco acogedoras y su clientela mayoritariamente popular. Debíó formarse en determinados centros privados de las congregaciones dedicadas a la enseñanza, selectos, caros o muy caros, emplazados en las afueras de las grandes ciudades y con espacios e instalaciones más o menos privilegiadas, conforme a un gradiente de cuotas, con estas otras características: entrega de los hijos a los religiosos por parte de los padres; aislamiento riguroso de los alumnos de “la calle” y sus familias, entre doce y catorce años;

¹ Véase el Apéndice 3.

educación conforme a la formación claustral del profesorado religioso, en buena parte sin la necesaria formación académica; alumnos, internos o mediopensionistas; subordinación de la formación intelectual y la actividad estrictamente docente a las actividades religiosas, las propias de las clases ociosas [maneras, deportes selectos, etc.] y las paradocentes en general; aprovechamiento de ese tipo de educación para generar “vocaciones” religiosas; dominio de la actividad lectiva por el sentido instrumental del conocimiento; recelo frente a las relaciones sociales afectivas y vigilancia estrecha de los alumnos por los profesores; iniciación de los alumnos en la antipolítica, en estrecha relación con su formación académica y moral; y aplicación de las técnicas de “noviciado” a los muchachos de segunda enseñanza, muy en especial.

Con estas técnicas de “noviciado”: se exageran los peligros del mundo y su aumento creciente, incluida la familia, en aparente proceso de disolución con la crisis de la sociedad agraria surgida en la Restauración en virtud de la transición a una sociedad capitalista industrial y “de consumo”; se completa el aislamiento del mundo [“la calle”] y sus vicios con la penitencia y la comunión frecuentes; se exalta a los mejores como a los elegidos y predilectos de Dios constantemente; y se impulsa la práctica continua de la conversación personal con Jesús, la Virgen y los santos buscando sustituir la voluntad del alumno por la del confesor o director espiritual, en tanto que mediador entre el alumno y Dios y como representante de la Iglesia Jerárquica, a la que Dios cedió la potestad de absorber los pecados e interpretar su voluntad.

Esa “educación novicial” de los muchachos de la segunda enseñanza tiene importantes efectos educativos: incapacidad para interiorizar los propósitos sociales, al carecer de un ámbito de intimidad propia y, por tanto, también de libertad, iniciativa y verdadero espíritu creador; infravaloración del hombre y sus actitudes genuinas, plasmada en el desprecio de los no católicos y de los católicos tibios y en la consideración del cuerpo y espíritu propios y de los otros hombres [“el demonio, el mundo y la carne”] como enemigos, con el consiguiente terror irracional a la calle; y generación de contradicciones subjetivas insalvables, con el resultado de una verdadera quiebra de la personalidad.

El desprecio de los sentimientos, el entendimiento y la razón intensifica la tendencia del muchacho o la muchacha a evitar las afinidades electivas hasta romper toda relación afectiva. Puesto que el afecto humano aleja de Dios, la salvación aparece como un negocio estrictamente individual que culmina con la absoluta negación de uno mismo al entregarse a Dios habiéndose previamente liberado de todo interés. El individuo, en su soledad, se justifica por la fe ciega y busca una salida en la gracia divina mediante el proceso del *desasimiento*, la entrega a Dios por medio de la dirección y el consejo de sus superiores y el propio perfeccionamiento espiritual. Todo lo cual, unido a una tensión psíquica inevitable, producto de la contradicción entre la “oblación” de su voluntad y la imposibilidad de la renuncia total a la individualidad, voluntad e iniciativa propias, de la casi prohibición de las relaciones personales y del convencimiento de ser un individuo selecto, con la consiguiente infravaloración de la mayoría y desprecio del pueblo, acaba generando una personalidad mezcla del soberbio desprecio a los otros y de una exaltación individual abstracta, finalmente alimentada por un ansia de poder que se materializa en el deseo de llegar a ser como los superiores.

Por otra parte, esta educación colegiada/religiosa y emocional/claustal, que engendra sentimientos elitistas y aísla de los peligros de “la calle”, también potencia el sentido instrumental del conocimiento [pasar exámenes y encontrar un buen empleo] y el predominio de actitudes ideológicas firmemente enraizadas en los intereses de clase. Pero, todo esto, con un claro contraste final entre los hijos de la vieja aristocracia, la alta gran burguesía, los funcionarios superiores y los profesionales privilegiados en general, y los hijos de la pequeña burguesía o de la aristocracia obrera que buscan en este tipo de enseñanza su promoción social. Pues, mientras los primeros, que desprecian lo intelectual y aprecian lo paradocente, pueden poner los pies en la realidad al contrarrestar los efectos más nocivos de la educación novicial valiéndose del capital económico, social y cultural familiar, los segundos, que carecen de ese capital, levantan barreras entre ellos y sus padres movidos por el elitismo colegial y acaban siendo fácil presa de una crisis de identidad, producto de su desarraigo social, y del aventurismo social y político.

* * *

Ahora bien, puesto que

«no se pueden entender la eficacia y los resultados de la formación de los colegios religiosos sin entender el tipo de formación a que han sido sometidos los profesores», el estudio de la educación religiosa en los colegios de élite, en la primera parte del libro, lleve a la profundización en los *Caracteres de la Formación Novicial* en la segunda.

Ésta, que ocupa por cierto el doble número de páginas que la primera, consta de catorce secciones, que cabe estructurar en tres apartados, con un triple criterio, heurístico, lógico y temático: exposición “sin mucho orden de los procedimientos para seleccionar y formar a los militantes”, en el primero; estudio de la “utilización de los sentimientos religiosos de las masas por las jerarquías religiosas en general –y en especial por la Iglesia católica- con fines de dominación política”, con especial atención al caso español, en el segundo; y apunte de “algunos rasgos de la personalidad resultante de la formación novicial” del militante, como conclusión.

Por de pronto, a la distinción de «Los diferentes tres tipos de formación novicial» –la del simple creyente, la del militante de a pie y la del cuadro o directivo-, que pertenecen en buena parte a la España de la preguerra civil, la guerra civil y las dos primeras décadas de la dictadura franquista, cuando se creyó que comenzaba una nueva edad media, hay que añadir la difusión de los fundamentos filosóficos y pedagógicos y las técnicas de la formación novicial a los seminarios y a los noviciados de las órdenes religiosas menos prestigiosas, en los años sesenta y setenta.

A «La incomunicación y prevención del novicio frente al mundo», como procedimiento para seleccionar y formar a los militantes desde su ingreso en el noviciado, se añade el «Aniquilamiento y sublimación de las relaciones personales» a partir de él. Pues, siendo el afecto el motor del pensamiento y la acción humanos, «La técnica del desasimiento: la comunicación y la confesión frecuentes» anula por completo toda relación personal a fin de poner el amor única y exclusivamente en Dios, con la consiguiente sustitución de la voluntad del individuo por la voluntad divina, que es en realidad la voluntad del confesor y/o el director espiritual. Una técnica extraordinariamente potenciada, por cierto, mediante la humanización de Dios

como segunda persona de la Santísima Trinidad, nacida de una mujer –como el carácter definidor y más original del Catolicismo- y con su perfeccionamiento progresivo con la investigación y el escudriñamiento de la intimidad del individuo a partir del Renacimiento en Europa Occidental y Central.

En efecto, si la primera exigencia del proceso de desasimilación es la que Jesús hace ya a sus discípulos –“Si quieres ser perfecto, anda y vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme”-, esto genera un vacío íntimo en el individuo que se contrarresta con la concepción católica de la humanización de Cristo y con una técnica de relación personal de extraordinaria eficacia y de consecuencias inestimables para la supervivencia de la Iglesia católica como institución: el aniquilamiento de la propia voluntad para asumir la voluntad divina, expresada siempre e interpretada por el superior, como “otro Cristo”. A lo que hay que añadir la potenciación de «La vida mística como instrumento de dominio», en la modernidad, a raíz de la exploración introspeccionista de la vida religiosa, al ser «La intimidad con Dios, supuesto de obediencia». De hecho, el éxito histórico de la negación de la propia voluntad y su sustitución por la voluntad del confesor o director espiritual como mediador entre el militante y Dios, como objetivo real del fomento del intimismo católico y resultado de la práctica muy frecuente de la penitencia y la comunión, viene confirmado por todos los escritores y moralistas de algún relieve al menos hasta el Vaticano II, desde Ignacio de Loyola [«Carta a los hermanos portugueses»²] a José María Escrivá de Balaguer [*Camino*].

Por otra parte, «La glorificación interesada del dolor y la miseria» por la Iglesia católica ante las masas y ante las élites, unida a la condena del placer y la satisfacción como pecaminosos, con la consideración consiguiente de este mundo como un “valle de lágrimas”, se plasman históricamente en la moral restrictiva de la austeridad y las compensaciones ultraterrenas, aunque con la contraposición, bien significativa, entre la religión del corazón y el sentimiento de los pobres y la religión del ritual de los ricos. Lo que se completa, además, con «Los determinantes de la formación novicial» que potencian las relaciones entre la función político-social de la Iglesia en colaboración con la clase dominante en cada época y las exigencias de obediencia y sumisión de los militantes y los creyentes en general.

* * *

Esto último lleva a abordar «La naturaleza y función social de lo religioso», con centro en la utilización de los sentimientos religiosos de las masas por las jerarquías religiosas en general –y en especial por la Iglesia católica- con fines de dominación política.

Como escribiría el propio Eloy Terrón al recensionar el libro en 1983,

«el autor trata de demostrar que la irresistible inclinación de las Iglesias a ejercer el poder político de modo directo o indirecto ha sido universal, al haber venido impulsada por el escaso excedente producido por los trabajadores –campesinos, en su inmensa mayoría, y artesanos-, a causa de lo rudimentario de su equipo técnico.»

«Con un excedente tan exiguo no se podía sostener a los guardianes en un número suficiente para mantener a los trabajadores sometidos y expoliados. Por eso, antes o después, fue necesario buscar un procedimiento más barato y más perfecto para

² Véase el Apéndice 1.

intentar conseguir la sumisión total de las masas trabajadoras y la entrega de todo el excedente –y aún de parte de lo necesario–, en forma de prestación o tributo, a cambio de concederles permiso para vivir y tierra en que trabajar. Así, se impuso el ahorro en la coacción física y la sustitución de ésta, en buena parte, por la coacción “espiritual”, que ofrecía –y ofrece– la enorme ventaja de no operar desde el exterior del individuo y de hacerlo, en cambio, desde su interior. A saber: desde la fuente misma de la conducta, como centro de la voluntad, desde la intimidad de lo humano [“el verdadero lugar de dios son las almas”].»

Sin duda, la causa radical del arraigo de la religión en las conciencias es la falta de confianza en el pensamiento y la necesidad insoslayable de una visión del mundo y de sí mismo como guía para la supervivencia. Ahora bien, pese a la persistencia de la inseguridad radical de la vida humana, hay que distinguir tres grandes etapas históricas, que van, desde la inseguridad del hombre primitivo ante la naturaleza hostil a la aparición de la sociedad dividida en clases a raíz de la producción de un excedente suficiente para mantener una clase ociosa, con la consiguiente diferenciación entre la violencia física de los guerreros y la violencia espiritual de los sacerdotes, más barata y mucho más eficaz, pasando por la superación del hombre recolector de los alimentos que la naturaleza produce espontáneamente por el hombre productor de sus propios alimentos mediante el cultivo de los vegetales y la domesticación de los animales.

El paso de la recolección de alimentos por el hombre a la producción de sus propios alimentos fue la primera gran revolución de la historia humana, tras superarse así la vida genéricamente animal del homínido por la vida específicamente humana: “cocinar hizo al hombre”. De hecho, la agricultura y la domesticación de animales como modo de alimentación propiamente humano es la clave radical del origen de la mitología y la religión como visión del mundo, el hombre y la sociedad. La necesidad de seguridad de los campesinos explica la atribución histórica a fuerzas ajenas a los esfuerzos reales de los hombres –espíritus y dioses– de la agricultura y las artes humanas; y, esto, de Osiris a Demeter y de Galgamés a Prometeo. Su principal motivo de credibilidad fue la drástica contradicción entre la regularidad de los ritmos biológicos de vegetales y animales y la “inexactitud metereológica”, siendo la adivinación, la lectura de presagios y demás sustitutos del conocimiento objetivo –esto es, una primera forma de alienación religiosa–, el ámbito de lo mágico-religioso.

Con la sustitución de la sociedad parental primitiva por la sociedad de clases, la actividad especializada y exclusiva de sus expertos en los espíritus –y de «Las Iglesias como colaboradores y aparato técnico de los Estados»– fue el contenido intelectual de las religiones, constituyente a su vez de los sentimientos religiosos.

«Para que esa coacción “espiritual” fuese eficaz hubo que crear, primero, todo el mundo de los espíritus, dioses, ángeles, santos, olimpos, almas inmortales, premios y terribles castigos, legiones de demonios tentadores, infiernos, etc. Pues, para lograr que las masas se sientan obligadas a renunciar hasta a lo necesario, las Iglesias tienen que entenebreceer la vida humana de tal manera, que el individuo se encuentre siempre en riesgo de pecar hasta el punto de que le sea imposible salvarse por sí mismo, viéndose así obligado a recurrir a quienes tienen las llaves de la salvación: esto es, a los cuadros jerárquicos eclesiásticos, que tienen poder para salvar o condenar.»

«Ahora bien, para mantener, reforzar y, sobre todo, para hacer perdurar su organización y su posición social y política privilegiada, las Iglesias necesitan también un complejo aparato de poder servido por un número elevado de hombres

especializados en tareas muy diversas y fieles por completo a los superiores; tan fieles y obedientes, como un bastón de mando en la mano de un anciano [o –diríamos hoy- como si estuviesen teledirigidos; mejor aún, como si fuesen “robots”].»

«De hecho, todas las Iglesias han dedicado los mayores esfuerzos y han aplicado métodos muy inteligentes (aprovechando la enorme experiencia que acumulan) para conseguir esa obediencia plena –esa entrega de la voluntad, de los sentimientos e incluso de la inteligencia propios de cada individuo.»

Las Iglesias se opusieron desde un principio a la desacralización progresiva –a la racionalización- de la naturaleza y el hombre, producto de la actividad productiva y el buen sentido. Seleccionaron las funciones sociales más útiles, de más fácil control y más necesarias para la clase dominante, comenzando por la protección de los cultivos y los animales mediante el gobierno divino del tiempo y por la de la fecundidad humana, base de la subsistencia de toda sociedad. Crearon una moral restrictiva y se ocuparon de su interiorización por la clase dominante y las masas trabajadoras –campesinos, en su mayor parte, y artesanos- ratificando las leyes y las normas dictadas por los supremos gobernantes con sanciones absolutas: premios para “los buenos” y castigos para “los malos”, respaldados por la vigilancia de los dioses, a los que nada escapa de las acciones e incluso de las intenciones humanas. E idearon procedimientos especiales para salvarse del infierno y la condenación eterna y diversos dispositivos culturales generales para garantizar la reproducción de las desigualdades sociales y la estabilidad del sistema social.

Así, «La colaboración de las religiones en la opresión física y espiritual de los hombres» se explica por la proclividad de las religiones “organizadas en Iglesias” a utilizar la fuerza militar como medio de apostolado para convertir a las masas, junto con la estrategia del «El proselitismo y la creación de tensiones» a fin de mantenerlas sometidas y dominadas.

Los motivos de credibilidad del individuo parecen ser el poder [la fuerza y cohesión interna] del grupo religioso y la capacidad de la religión para confortar el ánimo e inspirar confianza al creyente, siendo el proselitismo [el apostolado] un instrumento de autoafirmación de la propia fe, la señal más clara de la transformación del creyente en militante y de su pertenencia al aparato-organización, y la prueba de la vocación de poder de toda Iglesia. Una vez que la religión se ha convertido en Iglesia organizada, jerarquizada y estrechamente ligada con la clase dominante como “colectivo pensante” de la misma, el proselitismo pasa a ser una función especializada propia de los militantes, orientada a aumentar el poder de la Iglesia, su influencia social y política e incluso su poder económico mediante la recluta de nuevos militantes y nuevos cuadros: la confusión de lo personal del individuo con lo general de la organización es un rasgo privativo de las Iglesias jerárquicas y altamente disciplinadas. Estas Iglesias ponen grandes esperanzas de la educación novicial de los jóvenes más prometedores, por su inteligencia y sobre todo por su elegancia, sin caer en la cuenta

de que el proceso de desasimilación bloquea la creatividad del individuo, por lo que a lo más que puede llegar un militante es a asimilar todo lo ya hecho y publicado³.

Como “órgano” o “colectivo intelectual” de las clases dominantes, todas las iglesias han estado inextricablemente entrelazadas con los poderes políticos, como si formasen parte de ellos. Así, la Iglesia Católica, en concreto –como aparato técnico de los Estados del Occidente y Centro de la Europa en el medievo, organizado sobre la base de la integración de la tradición político-administrativa y cultural, depurada con un espíritu ecléctico y pragmático- contó con todo un conjunto de dispositivos y recursos culturales garantes de la obediencia de las masas. A saber; un sistema de control simbólico-lingüístico y de represión intelectual más barato y más eficaz que la violencia física; cierta concepción geográfica del Estado y su organización interna jerárquica, en la que los clérigos jugaban un papel importante como asesores legales, por su manejo e interpretación de las leyes escritas y como expertos en el ceremonial o ritual que fijaba los niveles de la jerarquía social, desde el Emperador al último vasallo que poseía o gobernaba siervos; una organización administrativa propia; y toda una serie de agentes del estado [legisladores, jueces, asesores legales, abogados para interpretar las leyes, etc.] y asesores personales de los monarcas, reyes y otros señores de vasallos, comenzando por los confesores reales.

La liberación del hombre ha de comenzar por la crítica de la religión, pues, efectivamente, no hay liberación posible mientras nuestras conciencias sean el campo de Agramante donde llevan a cabo sus disputas fuerzas irresistibles de las que somos meros juguetes. Para ser realmente libre es condición sine qua non que la conciencia humana sea absolutamente inabordable, al ser inaccesible a factores o impulsos exteriores; sólo así estará en condiciones de ser un auténtico foco individual y unitario del obrar y del conocimiento, que es precisamente la única vía de acceso de lo externo a la conciencia en orden a su constitución.

Ahora bien, ¿por qué, a partir del siglo XVI, la Iglesia Romana acentúa las exigencias de obediencia y multiplica los recursos para obtenerla –personalización y soliloquio con Dios, frecuentación creciente de los sacramentos de la penitencia y de la comunión-, coincidiendo por cierto con la renovación e intensificación de los procedimientos y métodos de proselitismo con la expansión y difusión del catolicismo a todas las tierras recién descubiertas por portugueses y españoles?

Todo lleva a pensar que el Renacimiento, los descubrimientos geográficos, la aparición del comercio mundial, consecuencia de la ruptura del aislamiento de los reinos cristianos medievales, y la nueva actitud indagadora hacia la realidad, precisamente por el grado de seguridad alcanzado, fueron pasos históricos decididos hacia la liberación del individuo humano de la autoridad. De hecho, la base y la orientación de los impulsos hacia la liberación del hombre fueron tan reales que se manifestaron en la liberación de la autoridad de los señores civiles y los reyes y en la liberación de la autoridad de los Papas y la Iglesia.

La rebelión de Lutero y de algunos príncipes alemanes contra la autoridad dogmática del Papa conmovió hasta lo más profundo a la clase dominante feudal y a la organización eclesiástica, que constituía su conciencia, como estrato intelectual

³ Véase el Apéndice 2.

dirigente. Tan fuerte e intensa fue la alarma, y tan grave se manifestó el peligro, que la Iglesia Romana, como especializada en la dirección espiritual del conjunto de la sociedad, puso en juego toda su experiencia milenaria en el manejo y control de las conciencias y toda su capacidad creadora para descubrir nuevos dispositivos culturales con los que reforzar su acción sobre las masas trabajadoras –los campesinos y la clase naciente de los artesanos burgueses en las ciudades- al servicio de la clase dominante civil y eclesiástica.

En este clima de abierta rebelión religiosa y de rechazo radical de la autoridad intelectual dogmática –de la que son ejemplos elocuentes Erasmo, Rabelais y Bacon, entre otros muchos- es donde hay que situar la actividad de místicos y organizadores como San Ignacio de Loyola, creador de la Compañía de Jesús.

No hay que olvidar que el hombre experimenta afectos, deseos e impulsos cuya causalidad no sólo se le escapa a él, sino también a los propios especialistas, que, por lo demás, se han esforzado en hacerle creer que se trata de tentaciones y excitaciones por parte de un espíritu –el demonio- capaz de penetrar y de “mover” la conciencia y la voluntad humanas. Éste es uno de los factores determinantes y fundamentales de la estrategia de «El proselitismo y la creación de tensiones» para después ofrecerse al individuo para ayudar a superarlas, en caso de que éste se someta a las condiciones que impone la organización eclesiástica, como agente liberador.

La personalización de la divinidad, de Jesús, de la Virgen, etc., abrió vías formidables de proselitismo, de sumisión y de entrega al facilitar la formación del sentimiento de que cada creyente –distinguido, claro está- puede establecer, y establece de hecho, conexiones exclusivas y directas en su relación con Dios. Para controlar este misticismo individual, la Iglesia Romana exaltó la autoridad y la entrega hasta límites delirantes e insuperables y propició la frecuentación casi cotidiana de la confesión y la comunión como dispositivo cultural ideal por su eficacia para conocer lo que pasa en las almas y dirigirlas a la meta propuesta por la propia Iglesia en su lucha contra el espíritu de progreso de las sociedades y de liberación de los individuos.

Pues esa ampliación y reforzamiento de la autoridad, con la demanda consiguiente de obediencia ciega en militantes y creyentes, no sólo tenía por objeto atajar la rebelión religiosa abierta por Lutero, que había roto la unidad cristiana medieval –la unidad de creencias, la unidad cultural, la unidad del espíritu humano-, sino también impugnar y combatir los avances realizados por los espíritus liberados en todos los dominios de la reflexión humana; progresos dirigidos –aunque sus agentes no se lo propusieran- contra la concepción del mundo, el hombre y la sociedad de la Iglesia Romana, unos por animosidad contra la Iglesia y otros porque, en realidad, era imposible cualquier progreso genuino que no atentara contra algún elemento del *globus intellectualis* propio de la organización clerical tradicional.

La Iglesia Católica se encontraba así, por una parte, con una rebelión y una escisión religiosa consumada, capaz de sobrevivir a toda clase de anatemas y condenaciones espirituales y a guerras largas y sangrientas, y, por otra, con un frente nuevo y aún más peligroso: la rebelión intelectual de los científicos y los técnicos, que iniciaron los dos procesos que más habrían de contribuir a la liberación espiritual del hombre. A saber: la interpretación científica y profana del universo, la vida, el hombre y la sociedad, y el desarrollo de la técnica, fundamento y motor de la industria

moderna, que habría de liberar a los hombres de la miseria y la necesidad, acabando con la concepción de la Tierra como un valle de lágrimas –“como una mala noche en una mala posada”-, a base de la moral de la abstinencia, tan indicada para lograr la resignación de las masas campesinas ante la expropiación que sufrían. Pues, por de pronto, contribuyeron a terminar con la concepción de que el hombre es un ser envilecido y despreciable en razón de su cuerpo, considerado como el primer enemigo del alma y el obstáculo más difícil de superar en el camino de su salvación.

Ahora bien, conforme la organización clerical católica se oponía a todo progreso, más motivaciones encontraba para exagerar las amenazas supuestamente representadas por sus agentes –científicos, industriales, economistas, liberales, socialistas, comunistas y un larguísimo etcétera-, llegando incluso en el siglo XIX al curioso expediente de exigir el juramento antimodernista a sus cuadros y militantes. Durante la Edad Media clásica la Iglesia Romana solamente tuvo que luchar contra las argucias y artimañas del demonio, algunos brotes minúsculos de disidentes y de heterodoxia y alguna que otra sublevación esporádica de campesinos desesperados. Pero en los siglos XVI y XVII, y XIX y XX, la Iglesia Católica no sólo se enfrentó con múltiples rebeliones religiosas abiertas a las que esforzó en combatir en el doble campo de la teoría [teología, moral, organización] y de la política y la represión armadas, sino que, además, tuvo (y tiene) que luchar contra fuerzas que no son anticatólicas sino simplemente no religiosas, indiferentes, agnósticas y algunas rigurosamente ateas, y, en especial, contra quienes se proponen descubrir y denunciar sus designios de poder, viéndose obligada, además, a enfrentarse con deseos de las masas de salir de la más dura miseria, el hambre y la extenuación.

No hay que olvidar cómo la intensificación de la expropiación de los campesinos de la Europa continental en la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del XVIII se reflejó, por parte de la Iglesia, en la intensificación de la predicación de los novísimos, las terribles penalidades de las almas en el Purgatorio, la manipulación de las asechanzas del Demonio y su legión de colaboradores y la maldad de los pecados de intención en general y de los deseos y excitaciones sexuales, en especial. Es bien sabido cómo en esa época el sexo fue combatido como el pecado más general y más peligroso. La elevación del sexto mandamiento a pecado principal en ese momento histórico pone de relieve la enorme sabiduría de la organización eclesiástica Iglesia en materia de manipulación y control de las conciencias.

Tal y como aconsejaba San Ignacio a propósito del aprovechamiento de las pasiones de los jóvenes educandos de la Compañía, los dirigentes, cuadros y militantes de la Iglesia Católica supieron, como siempre, sacar provecho de la ingente tarea con que se enfrentaban al tratar de enmarcar o encuadrar a los nuevos enemigos de la Iglesia. Les encontraron explicación, lo que no fue difícil, al disponer como disponían de un comodín tan formidable como el demonio, en tanto que estratega y organizador de los ejércitos del mal; y aprovecharon eficazmente el extraordinario estímulo para reforzar sus filas representado por la existencia de amenazantes enemigos abiertos. De hecho, aun controlando el poder, tocaron a rebato y a movilizar a los militantes, como si de una quema se tratase.

Esta situación es la que ha permitido a la Iglesia Católica impulsar y exagerar la peligrosidad y la amenaza del mundo exterior y resaltar las ventajas fabulosas de formar parte de los elegidos. Las técnicas de manipulación de las conciencias,

representadas por el desasimio, la alusión constante a la amenaza exterior, la caridad como sustituto del afecto personal y la solidaridad del grupo, el reforzamiento suspicaz de la identidad subjetiva, la especial formación novicial –que tan eficaz se ha mostrado y tan buenos resultados ha dado- y la obediencia ciega en un mundo en el que la autoridad ha entrado en crisis, todo ello y mucho más, no habría sido posible sin la amenaza “acuciante” de los enemigos, levantados para destruir la Iglesia, quebrantar la fe y hostilizar a los creyentes y militantes con su indiferencia para con las cosas religiosas, su libertinaje, sus apostasías, su exhibicionismo y su terrible desconocimiento de los valores religiosos representados por la Iglesia Católica, para la que todas las demás religiones son sectas infernales.

En cuanto a «La invención de formas de aterrorizar, tarea básica de las Iglesias», el procedimiento es simple, sencillo e infalible: primero se imaginan el mundo, el hombre, el Demonio y los pasos al borde del abismo; después se convence a los hombres de que las cosas son así y no hay escape posible, al ser las tentaciones y las ocasiones de pecar tantas, que hasta el más santo peca setenta y siete veces al día; y, finalmente, se presenta a la propia Iglesia como la única vía para salvarse de las tensiones del pecado y del temor a la muerte estando en pecado mortal. De esta manera el éxito es seguro en tanto haya hombres que crean en la concepción del hombre, el mundo, el alma y la vida eterna, etc., elaborados por el catolicismo; y, todo parece indicar que durante mucho tiempo los ha habido y los habrá

Ninguna religión ha adquirido tanta experiencia y desplegado en este dominio una capacidad creadora tan rica y avanzada con la Iglesia Romana: invención del pecado original; creación genial (y más contradictoria) del Demonio y sus legiones de ángeles malos, siempre al acecho de las alma, con la gracia divina [esto es, la propia Iglesia] como única salida para la salvación frente a ese “cerco inexorable del hombre”. Lo hizo desde los primeros tiempos de la edad media, aprovechando la amplia panoplia de espíritus malos y buenos de la cultura de las comunidades campesinas, con el diablo como creación predilecta de los especialistas religiosos. Continuó con la expansión de la superstición, la magia y la *brujería*, como base del más moderno aparato de aterrorización de los últimos siglos en el Occidente europeo. Y continuó todavía en el siglo veinte con experiencias como las de la Iglesia Española en la guerra civil, la guerra civil y la dictadura franquista.

* * *

Por último, a modo de conclusión, cabe afirmar que, en tanto que el principio fundamental de la educación en las sociedades modernas capitalistas, industriales y democráticas es formar al niño para que, una vez llegado a adulto, se inserte e instale cómodamente en la sociedad en la que ha de ganarse el pan y donde debería poder realizar su personalidad con el mínimo de tensiones y de esfuerzos de adaptación posible, el perfil del militante religioso es más bien propio de personalidades “deformadas”, incongruentes e inadaptadas a la sociedad actual.

Al menos así parecen confirmarlo «Algunos rasgos básicos de la personalidad resultante de la formación novicial», como los siguientes: una inteligencia abstracta, formal y estrictamente verbal; una sensibilidad igualmente formal y abstracta, en virtud de transferencia de los sentimientos de las personas a las cosas creadas por el

hombre [estampas, imágenes y demás]; la carencia de voluntad propia, la facultad más elevada del individuo humano, en razón de la sumisión a la dirección y voluntad del superior como proyecto de vida, de la asunción de los propósitos institucionales como propósitos personales y de una autodisciplina producto de los mandatos y represiones de los superiores, en claro contraste con la autodisciplina genuina; la falta de verdadero tacto social, por el bloqueo de las relaciones personales “reversibles” y su sustitución por un trato frío e insensible, producto de la noción dogmática y abstracta de la caridad, por la apariencia de dignidad, impasibilidad y mesura, y, sobre todo, por el distanciamiento del superior y la falsa humanidad y servilismo por parte del inferior; la actitud política derechista o ultraderechista, con escasas excepciones; y, en fin, la postura ambivalente frente la ciencia, la técnica y el progreso en general, como conjunto de logros que constituyen la base de la mejora de las condiciones de vida de las masas.

Madrid, 10 de mayo de 2022